

izquierda; de extenderse á la derecha hasta la Volhinia y la Podolia; de insurreccionar estas provincias; de organizar la Polonia; de crearla un ejército, un gobierno; de preparar así los cantones de invierno, y de aguardar en ellos con tropas reorganizadas, bien armadas, bien alimentadas, bien situadas sobre una buena frontera, á que los rusos vinieran á demandarnos la Polonia con las armas en la mano. En este caso la respuesta no ofrecía duda, y no había soldado que no estuviera seguro de darla victoriosa.

Estas ideas eran positivamente muy exactas, y sin embargo, suscitaban fuertes objeciones. Así Napoleón, que lo veía y sabía todo, experimentaba cierta especie de impaciencia al oír los propósitos

esta idea como la de retrogradar hasta el entero agotamiento del ejército francés, y aplicadas una y otra oportunamente, debían tener por desgracia muy fatales consecuencias para nosotros. Estas dos ideas, inspiradas á todos por la misma naturaleza de las cosas formaron el plan de los rusos, y pertenecieron á la mente de todos mas bien que á la de uno solo, lo cual corrobora el juiciosísimo aserto del general Clausewitz al decir que la campaña de 1812 se hizo casi por sí sola. Sistematizándolas el general Pfuhl de sobra, las echó á perder quizá con exageraciones, pero tales ideas no existían menos en su mente que en la de otros, y Alejandro, al recompensarle mas tarde, acreditó una justicia generosa y delicada. En cuanto al pensamiento de retirarse, concediendo mucho el general Bouterlin á la necesidad dice la verdad, si bien la exagera, quitando al cálculo su parte positiva. Obligados estaban á retirarse, pero se retiraban con el convencimiento de que el perjuicio efectivo era mayor para el ejército francés que para el ruso. Si insistimos en esclarecer este punto de hecho, es porque cumple á la historia fijar el origen de las resoluciones, que cambian la faz del mundo. ¿De qué serviría la historia, si descuidara esto?

de hombres sensatos, que tenían razón en gran parte, si bien no haciendo caso de un lado importante de la verdad. Condenado en aquellos países despoblados por la naturaleza y por la guerra á vivir mano á mano con sus lugartenientes, y mostrando mas condescendencia que de costumbre á causa de la ansiedad de que los veía poseídos, contestaba á sus opiniones, cuya exactitud no desconocía, con las graves reflexiones siguientes.

Ante todo, decía, estos cantones no eran tan fáciles de establecer como se pensaba. El Dwina y el Dnieper, que á la sazón semejaban fronteras, no lo serían ya al cabo de tres meses. Convertiríanlos en llanuras la escarcha y la nieve, y apenas una ligera cavidad marcaría á lo sumo el curso de los rios ¿de qué servirían entonces algunos puntos como Dunaburgo, Polotsk, Witebsk, Esmolensko, Orscha, Mohilew, distantes treinta ó cuarenta leguas unos de otros, y ligeramente fortificados? ¿Cómo defender contra tropas á las cuales no paralizaría el invierno ni con mucho, contra la facilidad del uso de los trineos semejante línea de cantones? ¿Y cómo retener á los franceses, tan ejecutivos por naturaleza y mas ejecutivos aun por la costumbre de las últimas guerras, y hacerles tener paciencia bajo el mas triste clima del mundo durante nueve meses enteros, desde agosto del presente año hasta junio del año siguiente, sin contar siquiera con la seguridad de alimentarlos bien durante este largo espacio de tiempo? ¿Interrumpir en agosto una campaña empezada en junio!... ¿Cómo explicar timidez semejante y hacérsela comprender á la Europa? Y esta, acostumbrada á nuestras vibraciones de rayo, viéndonos vacilar, titubear, de-

tenernos despues de algunos encuentros brillantes, pero sin resultado ¿no iba á mirarnos con ojos menos humildes, á dudar de nosotros, y quizá á agitarse á nuestra espalda? Y España, en la cual se empezaban á realizar sucesos fatales, de que se daría cuenta muy pronto, ¿no iba á crearnos embrazos que, poco inquietantes cuando el grande ejército se hallaba situado entre el Rhin y el Elba, figurarian como graves cuando estuviera confinado con su gefe entre el Niemen y el Boristenes y por un tiempo indefinido? ¿Se habian medido todas estas dificultades y otras muchas en que se debia pensar cuando tan expeditamente se aconsejaba el hacer alto?

Tales eran las objeciones que Napoleon dirigia á los que consideraban el establecimiento junto al Dwina y el Dnieper como resultado suficiente de la campaña, y habia aun otras muchas objeciones sobre las cuales guardaba silencio, aunque las supiera muy á fondo, pues, si era mas propenso que otro alguno por carácter, por costumbre, por ambicion, á lanzarse á dificultades intrincadas, tambien aventajaba á todos en la perspicacia de descubrir todas aquellas dificultades, ya lanzado á ellas, y, si las negaba, no era por ignorancia, sino por repugnancia á confesar sus yerros, por cálculo, y tambien por aquella necesidad de ilusiones que induce á uno á negarse á sí propio cosas que se conocen por verdaderas, como si negándolas se disminuyera su realidad. Por ejemplo, sin convenir en ello, sabia que empezaban á enagenársele los ánimos hasta en Francia, que estaban profundamente exasperados en Europa, que en el ejército, su verdadera clientela, el cansancio habia ya

producido el resfriamiento, la critica, la desconfianza, y que en esta situacion no se podia sostener mas que á fuerza de golpes deslumbradores.

Por lo demas no desconocia el mérito de la idea de no traspasar los limites de Polonia, que se esparcia en torno suyo; aun estaba pronto á adherirse á ella y á fijarla como principio de su conducta, si bien despues de ejecutar ciertas operaciones que aun meditaba, despues de obtener algun triunfo señalado, porque, tras de este nuevo reposo de una quincena, no desesperaba de descargar algun gran golpe que mantuviera entero todo el prestigio de sus armas, y le permitiera sostenerse en las fronteras de Moscovia, sin que dudasen de él ni el mundo ni la Francia, punto para no olvidado nunca. A mayor abundamiento las divergencias sobre esto no tenian aun gravedad alguna, pues, aunque surgiesen aqui y alla tales ó cuales dudas, la confianza en él era entera entre sus soldados y sus generales, y si la fatiga inspiraba á veces momentos de tristeza, á nadie sugeria la idea de un desastre.

Alimentando Napoleon el proyecto de nuevas y decisivas operaciones, dirigia en este sentido los movimientos de los cuerpos de ejército que actualmente no tomaban parte en el descanso de Witebsk. Se ha visto que junto al Dwina habia ordenado al mariscal Oudinot que marchara con la espada desenvainada sobre el conde de Wittgenstein, y que le empujara hácia Sebej, en el camino de San Petersburgo por Pskow, á fin de desembarazar la izquierda del grande ejército; que habia ordenado al mariscal Macdonald que apoyara el movimiento del mariscal Oudinot y se trasladara hácia el bajo Dwina, á fin de hacer que cayera Dunaburgo, y de pre-

parar el sitio de Riga, lo cual debia asegurar no solo la ocupacion pacífica de la Curlandia, sino tambien probablemente la posesion de los dos puntos fuertes de apoyo de Dunaburgo y de Riga. Se ha visto finalmente que hácia el Dnieper habia ordenado que se enviaran el general Reynier con los sajones y el príncipe de Schwarzemberg con los austriacos, y se trasladaran el príncipe de Schwarzemberg á Minsk y el general Reynier á Brezesc ó Kobrin, teniendo encargo este último de cubrir el gran ducado, y de insurreccionar la Volhinia. A la sazón estas órdenes eran ejecutadas ó se hallaban en curso de ejecucion, á medida de las circunstancias y del talento de los que tenían el encargo de ejecutarlas.

El mariscal Oudinot, cuyo cuerpo estaba reducido de treinta y ocho mil hombres á veinte y ocho mil á lo sumo (1), habia desfilado sucesivamente por delante de Dunaburgo, Drisa, Polotsk, y pasando finalmente el Dwina por este punto. Ante todo, por orden de Napoleon, habia dejado la tercera de sus divisiones, compuesta de suizos, ilirios y holandeses, bajo el mando del general Merle, en el campo de Drisa, para destruir sus obras tan célebres como infructuosas. Pero brazos agotados y faltos de útiles, por haber quedado atrás el material de ingenieros, no pudieron adelantar mucho esta demolición importante; y hallándose el mariscal imponderablemente débil ante el cuerpo de

(1) Menester es notar que, si mas arriba le hemos presentado como reducido á unos veinte y tres mil hombres, se debe entender despues de los combates, cuya relación va á seguirse; pero en la época de que se trata contaba aun veinte y ocho mil hombres.

Wittgenstein, que con los refuerzos del príncipe Repnin se habia elevado á treinta mil hombres, atrajo á sí nuevamente a la division de Merle. Para cumplir la orden de remontarse hasta Sebej en el camino de San Petersburgo, empujó el 28 de julio una mitad de su caballería ligera hácia el riachuelo Drisa, uno de los afluentes del Dwina, y escalonó entre el Drisa y Polotsk sus divisiones primera y segunda con los coraceros. Para guardarse contra los rusos de Wittgenstein, establecidos mas allá del Drisa en una dirección casi perpendicular á su flanco izquierdo, apostó el resto de su division ligera y la division extranjera del general Merle en Lazowka. Un paso adelante dió el 29, vadeando el Drisa por Sivotschina, llevando su vanguardia cerca de Kliastitsoui, alineando sus dos principales divisiones algo á retaguardia, y dejando la division de Merle en custodia del vado. Enlazábanle con Polotsk algunos destacamentos de caballería y de infantería ligera.

Tal era la situación el 29 de julio, segundo día de la entrada del ejército en Witebsk. Este día los fuertes ataques de caballería á la cabeza y á la cola de su columna no le dejaron duda alguna acerca de los proyectos ofensivos de los rusos. Dos oficiales, á quienes se hizo prisioneros, le enteraron además de que, marchando el conde de Wittgenstein hácia él diagonalmente, vendria á tropezar con su cabeza en Kliastitsoui. Creyó que debia anticiparse y avanzó hasta la aldea y el castillo de Jakoubowo á la entrada de una pequeña llanura rodeada de bosques. Con efecto el conde de Wittgenstein desembocó en esta llanura el 29 por la mañana, y atacó vivamente la aldea y el castillo de Jakoubo-

wo. Confiando el mariscal Oudinot la defensa de este puesto á la primera brigada de la division de Legrand, situó el 26.º de ligeros en el mismo Jakoubowo, y al 56.º de línea algo mas á la izquierda, enlazándose con los bosques. En reserva guardó la segunda brigada mandada por el general Maison. Encarnizadisimo fué el combate por una parte y otra. El 26.º de ligeros disputó bravamente al enemigo la aldea de Jakoubowo, y el 56.º de línea trató de arrebatarle el linde de los bosques. Un momento penetraron los rusos en la aldea de Jakoubowo y hasta en el patio del castillo. Cayendo inmediatamente sobre ellos dos compañías del 26.º á la bayoneta, los rechazaron, les mataron doscientos ó trescientos hombres, y les cogieron prisioneros casi otros tantos. Por todas partes se les repelió de la llanura á los bosques. Pero en el linde de ellos tenian una artillería numerosa y bien servida, que no nos permitia permanecer desplegados, á menos de tomar la ofensiva y de aventurarnos en los bosques para apoderarnos de ellos, ataque difícil á que el mariscal no queria arriesgarse, estando incierto de lo que pasaba á su espalda. Temia efectivamente y con razon que mientras defendia su cabeza, se le cogiera de revés y se le cortara de Polotsk, donde tenia sus parques y su material. Por tanto creyó mas prudente retroceder sobre el Drisa, vadearlo por Sivotschina, y aguardar en esta posicion al enemigo. Cercano á Polotsk, que bastaban á cubrir la division de Merle y la caballería ligera, podia juntar detrás del Drisa las dos divisiones francesas de Legrand y Verdier con los coraceros, y si los rusos intentaban pasar el Drisa ante sus ojos, precipitándose sobre ellos, poseía

todos los recursos para hacerles sufrir una sangrienta derrota.

Todo el dia 31 empleó en operar este movimiento retrógrado, y por la tarde hallóse mas acá del vado de Livotschina, teniendo sus tiradores á lo largo del Drisa, á las dos divisiones de Legrand y Verdier á alguna distancia á la espalda, á los coraceros prontos á sostener la infantería y á la division de Merle en observacion hácia Polotsk. Si los rusos pasaban el Drisa, nuestros tiradores tenian orden de no resistirles sino lo que bastara para atraerlos, y avisar al instante al cuartel general de su aproximacion.

En la noche del 31 de julio al 1.º de agosto, marcharon los rusos sobre el Drisa, y en la mañana del 1.º de agosto cometieron la imprudencia de atravesarlo. Esto era lo que el mariscal Oudinot esperaba. Tan pronto como los vió empeñados mas allá del rio, lanzó desde luego en su contra á la primera division de Legrand y despues á la segunda. Correr sobre los rusos, empujarlos y repelerlos sobre el Drisa fué cosa de un instante. Se les hirieron y se les mataron cerca de dos mil hombres, se les cogieron mas de dos mil prisioneros y parte de su artillería. Habiéndose puesto la division de Verdier á perseguirlos, cruzó detrás de ellos el Drisa, y arrebatada por su ardor dejóse arrastrar demasiado lejos. Aun les quitó muchos hombres, pero desgraciadamente se dejó coger algunos, cuando tuvo que repasar el Drisa. Esta débil compensacion otorgada por la fortuna á los rusos, no impidió que esta jornada fuera para ellos una sangrienta derrota: cuatro ó cinco mil hombres perdieron entre muertos, heridos y prisioneros: de dos á tres mil

habían perdido los días anteriores. Por nuestra parte en esta serie de combates perdimos de tres a cuatro mil hombres, entre los cuales se contaron quinientos ó seiscientos muertos, dos mil heridos y muchos centenares de prisioneros. Además, la fatiga nos puso fuera de servicio algunos hombres. Seguro el mariscal Oudinot de haber desaficionado por algún tiempo á los rusos á atacarnos, no considerándose bastante fuerte para alejarse del Dwina con veinte y cuatro mil soldados muy causados, juzgó mas conveniente volver á Polotsk, donde tenia sus parques, sus viveres, y donde podía dejar pasar en seguridad y con cierta especie de bienestar los calores, que habían obligado al mismo Napoleon á detenerse en Witebsk. La ventaja de estar cinco o seis leguas delante de Polotsk, siempre inquieto por los flancos y por la espalda, y obligado á consumir sus caballos en llevar al campamento los viveres que tenia en aquel punto, no valia las penalidades que debía causar esta posición ofensiva. Para abandonarla no había mas que un solo inconveniente, y era el de perder el efecto moral de los triunfos obtenidos. El mariscal Oudinot informó á Napoleon de lo que había ejecutado durante estos últimos días, y declaró que si no se le concedían descanso y socorros, se hallaría en la imposibilidad de dar cima á la tarea que se le había impuesto.

Mientras el mariscal Oudinot obraba de este modo, con la división polaca de Grandjean y con los diez y siete mil prusianos que le estaban confiados, trasladóse el mariscal Macdonald sobre el Dwina, y conquistó, merced á una marcha rápida, la Curlandia. Al retirarse los rusos, cogidos de flan-

co por los prusianos, sufrieron en las inmediaciones de Mitau un revés harto grave y se replegaron precipitadamente sobre Riga, entregándonos Mitau y toda la Curlandia. Hecho digno de nota era el vigor con que por nosotros se batian aliados que nos detestaban y que no hacian la guerra sino muy á pesar suyo. El honor militar, tan vivamente excitado en ellos por nuestra presencia, les hacia casi mas bravos á nuestro favor que lo habían sido en nuestra contra. Conviene añadir que al par que los aliados pertenecientes á pequeños ejércitos, como los bávaros, los wurtembergeses, los westfalianos, desertaban individualmente cuando les era posible, los prusianos y los austriacos, retenidos por el poder del espíritu militar, siempre proporcionado á la grandeza de los ejércitos, no desertaban, salvo el abandonarnos en masa por efecto de una revolución en las alianzas, cuando fuera llegada la hora.

Con los prusianos emprendió el mariscal Macdonald el bloqueo de Riga, y á la cabeza de la división polaca de Grandjean aproximóse á Dunaburgo, prudentemente á pesar de todo, pues pasaba por plaza muy fortificada. Pero, no queriendo los rusos desparramar demasiado sus fuerzas, y contentándose con defender la importante plaza marítima de Riga, despues de entregar á las tropas del mariscal Oudinot la cabeza de puente de Dunaburgo, muy en breve entregaron á los polacos del general Grandjean la ciudad misma. Por consiguiente la tarea del mariscal Oudinot se hallaba muy simplificada, puesto que de las dos plazas de Riga y Dunaburgo ya no tenia que tomar mas que la primera. Pero sola esta tarea bastaba para dete-

nerle largo tiempo y quizá toda la campaña. Con efecto, se había visto obligado á dejar en los alrededores de Tilsit y de Memel para velar por la navegacion del Niemen y del Kurische-Haff, y en los alrededores de Mitau para guardar la Curlandia, cinco mil hombres del cuerpo prusiano. A lo sumo conservaba diez mil hombres delante de Riga, cuyas obras presentaban un gran desarrollo y que tenia una guarnicion de quince mil hombres. Se quedaba la division polaca de Grandjean reducida de doce mil á ocho mil soldados, y con esta division veíase obligado á vigilar el espacio de Riga á Polotsk, que es de cerca de setenta leguas. ¿Qué hacer con tan poca gente, sobre una línea tan vasta, con tantos objetos á que atender é impuestos á su celo?

Apresuróse á enterar al cuartel general de su situacion en términos muy juiciosos y aun algo irónicos, mal adecuados para agradar, y que recordaban la antigua oposicion militar del ejército del Rhin. Declaró que sin una agregacion de fuerzas considerables no lograria apoderarse de Riga, ni mantenerse en relacion constante con el cuerpo de Oudinot, porque estando segregada del bloqueo de Riga la division de Grandjean, para permanecer en observacion delante de Dunaburgo, no podria ni aun aproximarse á las obras de Riga; y teniendo que cubrir esta division un espacio de setenta leguas, se hallaria en la imposibilidad de mantener la libertad de las comunicaciones en semejante extension de territorio. En tal situacion lo mas sencillo de proponer era la reunion del cuerpo del mariscal Macdonald y del mariscal Oudinot, porque de este modo Wittgenstein fuera infalible-

mente batido, y batido y rechazado lejos, estaba cubierta la Curlandia y el Niemen al abrigo de todo insulto, y aunque es verdad que ni así fuera sitiada Riga, y menos tomada, siempre adquiriéramos gran seguridad en el ala izquierda de nuestra línea de operaciones. En vez de proponer la reunion de estos dos cuerpos, que era posible y aun necesaria, si bien hubiera exigido un desinterés poco comun por su parte, pues hubiera estado subordinado al mariscal Oudinot, solicitó el mariscal Macdonald un aumento de fuerzas, que no tenia probabilidad alguna de obtener. Especialmente pidió que se le agregaran una ó dos divisiones del mariscal Victor, que se formaban entre Danzick y Tilsit, como se ha visto. Este era un modo seguro de no alcanzar nada.

Al otro extremo del vasto teatro de esta guerra, ciento cincuenta leguas al Sudeste, es decir, hácia el curso superior del Bug, acababan de ocurrir ciertos accidentes, que no podian menos traer consigo algunos cambios en los proyectos de Napoleon. Con los sajones tuvo que retroceder el general Reynier de Newij á Slonim, de Slonim á Proujani para cubrir el gran ducado é invadir mas tarde la Volhinia. Con el ejército austriaco tuvo que marchar el príncipe de Schwarzenberg en sentido contrario, elevarse de Proujani á Slonim y Néswij, para incorporarse al cuartel general, disposicion conforme á los deseos del emperador de Austria, que queria que su ejército no recibiese órdenes mas que de Napoleon en persona, y á la desconfianza de Napoleon, que no pensaba entregar la defensa de su retaguardia á un ejército austriaco. En este movimiento cruzado con el príncipe de Sch-

warzemberg, vió el general Reynier, y ambos convinieron en reemplazar los puestos austriacos por puestos sajones en la línea del Bug y del Mouckawetz, que nos separaba de los rusos. Tomadas estas precauciones, continuó el general Reynier su movimiento, y envió destacamentos para reemplazar en Pinsk, en Kobrin, en Brezesc a los austriacos;

A la sazón, y cuando Napoleón entraba en Wittebsk, el general Tormazoff se ponía al fin en marcha conforme á la órden recibida de amenazar el flanco derecho de los franceses, tarea que el príncipe Bagration no podía ya tener á cargo desde que hubo de incorporarse al grande ejército ruso. Mientras el almirante Tchitchakoff, empeñado en vastos proyectos del lado de Turquía, pudiera ejecutarlos ó recaer sobre Polonia, el general Tormazoff, á la cabeza de cuarenta mil hombres, era el único encargado de una diversion sobre nuestras alas, y marchaba atrevidamente hácia el alto Bug. Había distribuido como unos doce mil hombres de Brobuisk á Mozir, de Mozir á Kiew, para mantenerse en comunicacion con el príncipe Bagration por un lado, con el almirante Tchitchakoff por otro. Era una precaucion contra las tentativas que pudieran hacer á su espalda los austriacos reunidos en Galitzia. Aunque la corte de Viena hubiera mandado dar en San Petersburgo la seguridad de que sus esfuerzos en favor de los franceses se limitarían al envío de treinta mil hombres del príncipe de Schwarzemberg, con todo el general Tormazoff no quiso ir adelante sin tomar todas las precauciones contra las eventualidades de la política austriaca, y despues de dejar á su espalda las fuerzas que acaban de mencionarse, avanzó hácia el alto Bug con cerca de veinte y ocho mil

hombres, amenazando el gran ducado, que el general Reynier debía defender con doce ó trece mil sajones. Aunque bien poco temibles entonces para tropas regulares, los cosacos estaban en posesion de esparcir el espanto en todas las comarcas donde se les anunciaba, y efectivamente con la improvisa rapidez de sus apariciones, unida á su barbarie, había para espantar á los pueblos inermes. Precediendo al general Tormazoff sobre el Bug en quince ó veinte leguas habían excitado en toda la Polonia un terror singular y que contrastaba mucho con las grandes resoluciones de que hacían alarde los polacos. Este terror vino á ser mucho mas vivo y mas motivado cuando el general Tormazoff en persona, con veinte y ocho mil hombres de tropas regulares, se aproximó á Kobrin, uno de los puestos que los austriacos acababan de ceder á los sajones. Instruido el general Tormazoff por los judíos, que hacían traicion donde quiera á la causa de Polonia, de la presencia de un destacamento sajón en Kobrin, resolvió señalar su aproximacion con un golpe de ruido sobre este destacamento, que por desgracia carecía de apoyo. Marchó sobre Kobrin, que ocupaba el general sajón Klengel con su escasa tropa. Este oficial bizarro, si bien imprudente, en vez de replegarse, se obstinó en mantener una ciudad abierta del todo, y donde era imposible defenderse. Fué asaltado, envuelto y obligado, despues de batirse con rara bravura, á rendir su espada al general enemigo. Este encuentro, que tuvo lugar el 27 de julio, costó á los sajones dos mil hombres próximamente entre muertos, heridos y prisioneros.

Semejante accidente, que tenia su importancia

en el estado de debilidad á que el cuerpo sajón se hallaba reducido, era aun por el efecto moral mas funesto. Sobre todo en Varsovia produjo una impresion de las mas tristes. Aquellos infortunados polacos, que se habian lanzado al proyecto de insurreccion general con ardimiento, al saber que se hallaban tan cerca de ellos los rusos, vieron los destierros, los secuestros suspendidos sobre sus cabezas, y gran número de ellos dieron el peligroso ejemplo de reunir lo mas precioso que tenian y de trasladarse á la orilla izquierda del Vistula. Aun cuando hubiesen deseado con toda su alma la loca guerra, que Napoleon hacia en este momento, temian sus consecuencias ahora que estaba comenzada. A este gran capitán le dirigian un cargo por empeñarse imprudentemente mas allá del Dwina y el Dnieper, por dejarles sin apoyo, como si pudiera hacer otra cosa que avanzar mucho para obtener sobre los rusos un triunfo decisivo, como si ellos no debieran responderle de la seguridad á sus espaldas, en vez de dejarle el trabajo de cubrirlas. A la sazón se quejaban del frío discurso de Wilna, atribuian á la tibieza de este discurso la tibieza de los polacos, olvidando que les tocaba provocar con su ardimiento el ardimiento de Napoleon, y vencer sus vacilaciones con resoluciones enérgicas y hasta temerarias. Por desgracia, segun hemos dicho, solo el ejército era adicto sin tasa en Polonia; la nacion miraba, juzgaba, criticaba la temeridad de la marcha de Napoleon, como si esta temeridad fuera mayor que la que se exigia de él al querer que reconstituyera la Polonia.

Diéronse pues en Varsovia á suscitar las masivas quejas, y á pedir urgentemente á Mr. de

Pradt socorros de que el prelado embajador no disponia. Este, despues de haber perdido la cabeza en medio de los disturbios del concilio, no era ya capaz de resistir las emociones de una capital espantada, y habia acreditado menos carácter aun que ciertos habitantes de Varsovia. Usó de su único recurso. Escribió á Mr. de Basano por una parte, al general Reynier por otra, para reclamar envios de tropas. El general Reynier, que tenia á su cargo otra tarea que la de proteger á Varsovia, pues con once mil sajones necesitaba hacer frente á treinta mil rusos, respondió al embajador que á los habitantes de Varsovia tocaba el defenderse á sí propios, y que él tenia otra cosa que hacer que ocuparse en su seguridad. Por una carta muy apremiante comprometió al principe de Schwarzenberg á retrogradar inmediatamente, para que le ayudara á repeler al enemigo, salvo el volver á emprender su marcha hacia el cuartel general cuando se hubiera detenido á los rusos, y ocupado detrás de los pantanos una fuerte posicion que no les permitiera ya seguir adelante (1). Advertido prontamente al principe de Schwarzenberg de aquel choque, pues su ruido habia resonado en toda Polonia, respondió al general Reynier que conocia el peligro de la situacion, y que iba, á pesar de las órdenes del cuartel general, á retrogradar para correr en su socorro. En cuanto á Mr. de Basano, contestó con bastante ironía á los terrores de Mr. de Pradt, y no pudiendo determinar nada sobre las

(1) Hablo aqui á tenor de las correspondencias de los oficiales que se quedaron á la espalda, á tenor de la de Mr. de Basano, de la de las administraciones y de la de la embajada de Varsovia.

demandas de auxilios, dirigiólas al cuartel general todas.

Napoleon acogió mal estas noticias, sobre todo con relacion á los que habian cedido á la intimidacion tan fácilmente. Aprobó por completo la determinacion tomada por el principe de Schwarzenberg de retroceder sobre Proujani para socorrer al general Reynier, y puso á este último bajo las órdenes del jefe austriaco. Al principe de Schwarzenberg intimó que marchara resueltamente con los cuarenta mil hombres que iba á tener sobre Tormazoff, quien no podia juntar arriba de treinta mil soldados, y que le acosara á todo trance hasta que le repeliera á la Volhinia. Prometióle que, luego que diera cima á ésta tarea, le llamaria al cuartel general, conforme á los deseos del emperador de Austria, y escribió á éste para pedirle que enviara un refuerzo al cuerpo austriaco. Aunque ignorara las secretas relaciones que subsistian entre la corte de Austria y la de Rusia, harto á las claras veia Napoleon que no conseguiria mas que los treinta mil hombres del principe de Schwarzenberg; pero al menos hubiera querido que estos se mantuvieran siempre completos, y sin pronto refuerzos no podian estarlo, pues no les trabajaban las fatigas menos que á nosotros. Tambien hubiera querido que un cuerpo del ejército austriaco, que se hallaba á la sazón en Galitzia, y de quien se le habia hecho esperar la concurrencia, fuese autorizado para tomar una actitud amenazadora hácia la parte de Volhinia, lo cual obligara al general Tormazoff á mostrarse menos temerario, mas pidiolo sin contar mucho con ella, e insistió particularmente sobre el envío al prínci-

pe de Schwarzenberg de un refuerzo de siete á ocho mil hombres.

Estas providencias bastaban para mantener á distancia el cuerpo de Tormazoff y para reducirle á una completa impotencia, á menos que el almirante Tchitchakoff llegase á duplicar sus fuerzas. Con efecto bastaba con cuarenta mil austriacos y sajones para hacer que retrocediera á Volhinia el general ruso; pero se necesitaba mantenerse en comunicacion con estos cuarenta mil hombres, que iban á hallarse lo menos á cien leguas de Orscha, punto en que se apoyaba la derecha del grande ejército. Napoleon consintió en privarse de una de las tres divisiones del principe Poniatowski, la cual debió quedar acantonada entre Minsk y Mohilew, para garantizarnos contra las sorpresas de los cosacos, y enlazarse por medio de puestos de caballería con la izquierda del cuerpo austriaco.

Así estaba asegurada nuestra derecha á lo menos por entonces. En cuanto á nuestra izquierda, Napoleon tomó disposiciones menos eficaces, aunque á la sazón pudieran parecer suficientes. Criticó mucho el movimiento retrógrado del mariscal Oudinot sobre Polotsk, no tomando bastante en cuenta el estado de las tropas y preocupado exclusivamente del efecto moral de este movimiento, ora sobre los rusos, ora sobre Europa, que recogia avidamente los menores detalles de esta guerra. Según los ingeniosísimos cálculos que habia hecho en vista de los documentos cogidos á los rusos, dedicóse á probar al mariscal Oudinot que el conde de Wittgenstein no debía tener mas de treinta mil soldados, de malísima calidad; que de consiguiente no podía dar que temer á veinte mil fran-

ceses aguerridos, y le ordenó que marchara atrevidamente sobre el enemigo, y le rechazara á distancia sobre el camino de San Petersburgo. A fin de dejar al mariscal sin objecion que oponer al mandato, le envió el cuerpo bávaro, bueno un día de accion, como todos nuestros aliados, si bien luego mermaba a vista de ojo por la fatiga, las enfermedades y las deserciones. Seguía Napoleon suponiendo que este cuerpo ascendia á quince ó diez y seis mil hombres, aunque ya tenía trece mil tan solo, y calculando en veinte y cuatro mil el cuerpo del mariscal Oudinot, supuso que con cuarenta mil hombres se debía agobiar á Wittgenstein. Hallaba una ventaja mas en situar á los bávaros en Polotsk, y era la de restituirles la salud y una parte de su efectivo con el reposo y el buen alimento. De todas las tropas bávaras no guardó mas que la caballería ligera, que continuó sirviendo al lado del príncipe Eugenio, y que era excelente. Con este refuerzo no dudaba que pronto se veria desembarazado de Wittgenstein sobre su izquierda, como esperaba estarlo muy luego de Tormazoff sobre su derecha, con la reunion del príncipe de Schwarzenberg al general Reynier. Por lo demas, en su mente las operaciones que iba á ejecutar con el ejército principal debian en breve colocar entre el número de los sucesos insignificantes de esta guerra los que tuvieran lugar sobre sus alas. Lisonjeándose Napoleon de que el mariscal Oudinot repeleria á Wittgenstein sobre Sebej y Pskow, concluía que el mariscal Macdonald podria inmediatamente despues reconcentrar todo su cuerpo sobre Riga y comenzar el sitio de esta plaza. Así rehusó concederle una de las divisiones del duque de Be-

llune, cuyo cuerpo no queria dislocar de ningún modo, mas indicóselo como un socorro eventual que, si lo requería la necesidad, podría llamar en su ayuda, y que le prestaria, situado en espera á su espalda, un apoyo moral muy grande. A estas razones, que no valian lo que unos regimientos más, añadió Napoleon un número mas que ordinario de cruces de honor para los prusianos, que habian combatido valerosamente contra los rusos.

Mientras se ocupaba en asegurar así sus alas durante los movimientos ofensivos á que se prevenia, no cesó Napoleon de velar por su retaguardia, fiada al mariscal Victor y al mariscal Augereau, al primero hácia Koenigsberg y al segundo hácia Berlin. Con su activa correspondencia habia trabajado por proporcionar al mariscal Victor veinte y cinco mil hombres de infantería, tres ó cuatro mil de á caballo y sesenta bocas de fuego. Mucho habia recomendado á este mariscal, muy solícito comunmente, la disciplina de las tropas, y proyectaba llamarle pronto á Wilna, para que, si se presentaba la coyuntura, pudiese prestar auxilio ora al mariscal Macdonald, ora al mariscal Oudinot, ora al príncipe de Schwarzenberg. Igualmente se habia ocupado en acelerar la organizacion de los cuartos batallones y de los regimientos de refractarios destinados al mariscal Augereau, las cohortes de guardias nacionales, encargadas de reemplazar á las tropas atraídas á Berlin en las fronteras del imperio, y finalmente de los regimientos de lituanos, que debian ascender, segun se esperaba, á doce mil hombres, y para los cuales se carecia absolutamente de dinero. Napoleon no habia pues perdido en Witebsk el tiempo, y ademas no